

Biblioteca Ilusión

Publicación

Semanal

Núm. 27

25 cts.

PROPAGA



AL ABRIRSE LA PUERTA
por JAQUELINE LOGAN y WALTER McGRAIL

INCE, Ralph

Biblioteca Ilusión

Al abrirse la puerta

(THE UNINVITED GUEST, 1924)

Superproducción FOX

Versión literaria de la película del mismo título,
magnífica interpretación de las bellas artistas

MARGARET LIVINGSTON
y JAQUELINE LOGAN

por
H. ONIBLA



Exclusiva

HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : BARCELONA



REDACCION Y ADMINISTRACION
PARIS, 204 : BARCELONA



AL ABRIRSE LA PUERTA

PERSONAJES

Teresa	<i>Jaqueline Logan</i>
Oliverio Grenfel	<i>Walter Mc. Graill</i>
María de Grenfel	<i>Margaret Livingston</i>
Gastón Fontenoy.....	<i>Frank Keenan</i>
Federico Lacer	<i>Robert Cain</i>
A-Mi	<i>Walter Chung</i>

I

Montreal, de cuyas avenidas el invierno se despide con rachas de huracanados vientos y persistentes lluvias, es una desapacible urbe para todo el mundo menos para Oliverio Grenfel, el cual en un taxis de alquiler que ha tomado en la estación regresa al lado de su esposa, después de un mes de ausencia.

Desde la ventanilla del taxis Oliverio ve huir a la gente bajo los paraguas y ve como la lluvia azota en los cristales del coche.

Sin embargo, Montreal para él es un paraíso.

En su rostro irradiia la satisfacción y del bolsillo saca un retrato ricamente encuadrado

en un marco de cuero y sonríe satisfecho al contemplar la efigie de María, su esposa adorada.

De pronto le asaltó la idea de obsequiarla y tocando en el cristal de delante, haciendo parar al chófer, penetró en una tienda de flores pidiendo un gran ramo de las más bellas rosas para su mujer.

Los simpáticos viejecitos dueños del establecimiento le conocían desde hacía muchos años y se alegraron mucho de verle.

Pronto tuvo en sus manos Grenfel el ansiado *bouquet*, y hele aquí ya en su morada saludado por «Prince», el hermoso perro de raza de lobo, inteligente y fiel que se deshace en halagos, saltos y caricias celebrando la bienvenida de su amo.

Oliverio corresponde a las efusivas muestras de cariño del perro e inmediatamente se dirige a las habitaciones de su esposa.

Mas un terrible y doloroso desencanto le reservaba el destino. Apenas la puerta giró sobre sus goznes, vió reflejadas en un espejo dos figuras : la de su mujer y la de su amante, y oyó que ella decía apasionadamente :

— Te adoro.

Por instinto impulsivo Oliverio corrió a su cuarto pálido y desencajado, y tomando un revólver del cajón de su escritorio volvió al lugar donde sus ojos contemplaron el derrumamiento de su dicha, y a ciegas, porque los culpables sobresaltados habían extinguido

la luz, disparó, y a la incierta claridad que penetraba por la ventana vió caer un hombre a tierra.

María, su esposa, corrió hacia él, pero Oliverio le rechazó brutalmente diciendo :
— Vete, no te acerques, soy un asesino.

Y mientras la esposa adultera, sin comprender aún la trascendencia del drama que tan rápidamente se había desarrollado en su presencia, se arrojaba sobre su amante como queriendo darle vida con sus besos y sus palabras afectuosas, Oliverio, triste y abatido, suelta la corbata, desabrochado el cuello, sin sombrero y seguido de su perro abandonó el hogar que con tanto amor formara y que ahora para él sólo constitúa un símbolo de perdición y de vergüenza.

* * *

Como si a la tragedia de su alma se asociaran los elementos, arreció la tormenta, y después de vagar enloquecido e inconsciente, calado hasta los huesos por la lluvia y la niebla, le vemos entrar en un miserable cafetín donde varias mozas de partido procuran divertir a una mermada clientela de tipos innobles y plebeyos.

Oliverio paseó su mirada por aquel infecto lugar lleno de humo, y buscando un rincón solitario pidió una fuerte bebida, se sentó y se sumió en sus tristes meditaciones.

Al poco tiempo se le acercó una de aquellas mozas de rompe y rasga que formaban parte de la tabernaria diversión, y sentándose a su lado atraída por un pendentif que acababa de sacar del bolsillo y contemplaba con detenimiento, exclamó :

— Anímate, hombre, anímate. Una mujer vale tanto como otra.

Y al decírselo mostraba provocativa su garganta desnuda, en tanto que una risa procaza e incitadora florecía en sus labios pintados.

Una honda repugnancia invadió el espíritu de Oliverio Granfel y poniéndose en pie malhumorado, arrojó lejos de sí la joya en medio de aquel antro infecto y en tanto que las muchachas se arrojaban violentamente sobre la rica presa, salió a la calle azotado por la lluvia y seguido siempre de su fiel perro.

* * *

Han transcurrido algunos días.

Lejos de las rutas frecuentadas, en la silenciosa profundidad de los bosques canadienses, caminan un hombre y su perro.

Atrás quedan una decepción y un paraíso perdido. Adelante aguardan la soledad y el olvido. Y tras la soledad y el olvido camina sin punto fijo ni idea alguna determinada, y con el alma destrozada, Oliverio Grenfel, el héroe de nuestra historia.

Pero hasta en los lugares más recónditos del planeta y cuando más solos nos creemos, rara es la vez que la casualidad no ponga junto a nosotros el eterno atractivo de un rostro de mujer.

Así le ocurrió a Grenfel.

Absorto iba en sus pensamientos, cuando llamó su atención un carroaje que, tirado por un hermoso tronco de caballos que se habían desbocado, corría veloz por la carretera que atravesaba el bosque.

Oliverio, impulsado únicamente por su buen corazón, se lanzó corriendo a campo traviesa para cortar el paso a los caballos, y tras titánicos esfuerzos consiguió dominarlos al borde de un profundo despeñadero, librando así de una muerte segura a la bella ocupante del carroaje.

Esta hermosa muchacha no era otra que Teresa de Fontenoy, que volvía de hacer sus compras en la tienda de la próxima aldea, acompañada, como siempre, de su jovencito criado chino A-Mi.

Pero la victoria del intrépido Oliverio Grenfel sobre el precioso tronco de caballos desbocados no había sido para él tarea fácil, pues la lanza del coche le había herido en el pecho y por más esfuerzos que hizo por seguir adelante, rechazando los ofrecimientos de Teresa y su criado, no pudo menos de caer al suelo desplomado, agotadas ya completamente sus debilitadas fuerzas.

Sin conocimiento recogió la joven a su salvador, y colocándole en el carroaje todos se dirigieron al castillo Fontenoy, seguidos del hermoso perro, que ni un momento se separaba de su dueño.

II

Rodeado de bosque y envejecido por el tiempo y por las inundaciones, el castillo de Fontenoy alzaba todavía con orgullo sus muros decrepitos.

Aquella residencia semimundana y semi-campestre era una verdadera mansión señorial y un vivo recuerdo, por su arquitectura y decorado, de los lejanos días de la dominación española.

Mas lo verdaderamente característico de tal morada es su propio dueño, Gastón de Fontenoy, viejo enérgico, rígido y meticoloso que, enfundado en su vieja y pulcra bata y siempre provisto de su inseparable bastón, rechaza sistemáticamente, con altivez, las tendencias y las ideas modernas y se aferra a los usos del pasado.

Gastón de Fontenoy, que desde hace largos años ha vivido solo en aquel retiro con su nieta y los criados, ve con asombro llegar a sus familiares acompañando al mal herido forastero.

— ¿Qué viene a hacer aquí ese hombre? — dice exaltado. — ¡Que se marche!



Tu dueño no me quiere, pero tú sí, ¿verdad?

Y como los increpados titubean, añade con más enérgico tono :

— ¡Que se marche, digo! ¡Sáquenlo de aquí!

— Pero, abuelito — se atreve a replicar Teresa acercándose al iracundo viejo — si me ha salvado la vida.

A lo que contesta Fontenoy más dulcificado :

— Que le atienda Juan en las habitaciones de la servidumbre.

Entonces el herido encuentra energías en su agotado organismo para erguirse y responder :

— No aceptaré tal hospitalidad.
De nuevo intervino Teresa, todo dulzura y bondad, y acariciando a su abuelo, le dijo :

— No consentiré que digan que careces de gratitud. Es preciso que le dejes permanecer aquí.

Replicó malhumorado nuevamente el viejo y con tono autoritario :

— Bueno, sea lo que tú quieras, pero Juan será quien le atienda. ¿Me oyes?

Acto seguido el viejo servidor, sosteniendo al herido, le ayudó a subir al piso superior, donde Oliverio Grenfel quedó convenientemente instalado.

Teresa no se atrevió a apartarse de su abuelo, y éste, una vez a solas, la llevó aparte con gran misterio y le comunicó el gran secreto de su vida.

— Es el primer huésped a quien permito la entrada en esta casa desde que tu madre te trajo aquí... Nunca te he hablado de eso, Teresa mía, pero ahora considero llegado el momento de decírtelo.

Teresa estaba sorprendida y su abuelito continuó :

— Hace veinte años, un forastero vino a esta casa. Tu madre, tan joven como eres tú ahora, se enamoró de él... Dos años después de haberse casado, el miserable la abandonó y tu madre volvió aquí contigo... Y aquí vivió a mi lado hasta que, destrozado el co-

razón y sin que mi cariño bastase para consolarla, murió.

Los ojos del viejo miraron fijamente a Teresa. Su faz se había tornado energética e impenetrable. La joven estaba pendiente de sus palabras y Fontenoy concluyó :

— Por eso te he guardado aquí con tanto sigilo.

III

Pero el tiempo pasa y la juventud una vez más no se deja guiar por la experiencia sino por el corazón.

En el alma de Teresa, al contacto de Oliverio Grenfel, al que día tras día cuida y asiste a espaldas de su abuelo, deja el sentimiento escuchar el laúd de sus canciones, en tanto que Grenfel, a medida que transcurren las semanas, va recobrando las fuerzas y las esperanzas.

Aquella mañana, como de costumbre, unos golpes discretos sonaron en su puerta, y él, maquinalmente, contestó como siempre :

— Entre usted, señorita.

Mas el que entró fué el jovencito criado chino A-Mi, porque a Teresa la había detenido el abuelo en el momento en que se disponía a subir las escaleras para ir al cuarto del convaleciente.

Minutos después logró su deseo y el criado sacó el servicio para entrárselo ella nueva-

mente, y mientras con graciosa sonrisa servía el desayuno, dijo Teresa :

— Por poco me sorprende mi abuelito esta vez.

— ¿Pero hay acaso algo de malo — objetó Grenfel sirviéndose — en que venga usted aquí?

Teresa replicó ingenuamente :

— Sólo puedo decirle que mi abuelito cree que todos los hombres son malos y que no sirven más que para idear engaños y falsoedades.

El hermoso perro «Prince» entró a la sazón en el aposento. Con grandes zalamerías y halagos a ambos jóvenes y mientras Oliverio tomaba el desayuno, Teresa habló con el perro.

— Tu dueño no me quiere, pero tú sí, verdad?

Continuó el perro con sus zalamerías y ella hablándole.

— Me parece que tú tienes mucho más talento que él, pues durante dos semanas enteras he tratado de hacerle sonreír y cada día pone la cara más triste.

Al mismo tiempo que entre los jóvenes se desarrolla la mencionada escena, abajo en el despacho, de severa ornamentación y muebles antiguos, el viejo Fontenoy lee y releer el siguiente fragmento de una carta que acaba de recibir.

«Y nuestro representante, el señor don Fe-



No siempre, Teresa, podemos hacer lo que queremos

derico Lacer saldrá próximamente de Montreal a fin de hablar con usted, respecto a la venta de sus terrenos madereros.

De usted attos. y s. s., Compañía Canadiense de Maderas. Gerente, H. HOSTERMAN. »

Inquieto el dueño del castillo, busca a su nieta y el corazón le dice que está en la habitación del forastero, y sube, encontrando al criado A-Mi escuchando tras la puerta y riendo a carcajadas.

Sorprendido infraganti delito de indiscreción, el chinito se disculpa como Dios le da a entender.

— Estaba contándome el señor Grenfel una historia muy divertida.

En el rostro energético de Fontenoy ni un solo músculo cambió de sitio.

Rígido como siempre, penetró en la habitación e investigó con los ojos como si desconfiara hasta de su sombra.

Su llegada había sido advertida y Teresa se escondió detrás de un cortinón; por eso aparentando la mayor tranquilidad del mundo, Oliverio, levantándose de su sillón, avanzó hacia el viejo y le preguntó:

— ¿Busca usted a alguien, señor Fontenoy?

Secamente el interpelado repuso mientras paseaban por la estancia miradas inquisitivas y penetrantes.

— Si la encontrase aquí se acordaría usted de mí, caballero.

Y blandió su inseparable bastón en actitud amenazadora.

A punto estuvo de descubrir el abuelo el escondrijo de su nieta, mas el fatal hallazgo no llegó a verificarce por entregarle A-Mi una tarjeta de visita en la que ávidamente leyó Fontenoy:

« Federico Lacer, Representante de la Compañía Canadiense de Maderas, Montreal. »

Sin embargo, antes de abandonar el aposento lanzó bruscamente a Grenfel estas cortantes palabras:

— Mi casa le fué ofrecida durante su en-



Y el amor que palpitaba en sus pechos les unió en un largo beso

fermedad, caballero. Ahora que ya está bien, le suplico que se marche.

— Y majestuosamente salió, descendió las escaleras y fué a saludar al recién llegado, cuya era la tarjeta que empuñaba en su mano.

Tan pronto como salió su abuelo, Teresa abandonó su escondite y casi suplicante dijo a Grenfel :

— ¿Piensa usted marchar de veras?

A lo que el joven contestó con gran tristeza, tomando sus manos amorosamente :

— No siempre, Teresa, podemos hacer lo que queremos. Es preciso que me vaya.

Y siguieron hablando, la joven tratando de convencerle a permanecer en el castillo y Grenfel mostrándose decidido a salir de allí para siempre para continuar por la aventura.

* * *

La visita del representante de maderas había alegrado infinito a Fontenoy y su contento se tradujo en iluminar las habitaciones del castillo como en los días de gran solemnidad.

También se complació muchísimo en presentar a su nieta al visitante.

Esta había vestido sus mejores galas y había tenido buen cuidado de dejar una nota en la habitación de Grenfel, diciéndole :

« Le suplico que no haga caso de lo que dijo el abuelito. Deseamos que nos acompañe usted a cenar esta noche. »

Mas como él estaba decidido a abandonar el castillo, después de decir a su perro

— No está para nosotros, amigo mío, tan encantadora muchacha, en traje de familia y con el morral a cuestas, descendió las escaleras para desde allí dirigirse a la puerta principal y luego de allí al campo.

Ahora bien ; apenas el perro vió a Federico Lacer que junto a la puerta estaba conversando con el viejo Fontenoy y Teresa, se lanzó sobre él enfurecido y le mordió en el antebrazo derecho.

La acometida, inevitable por lo brusca, motivó las excusas de su dueño.

— Pido a usted perdón por el proceder de mi perro ; es la primera vez que se conduce así.

— Sin duda — respondió el agredido — no lo hizo con mala intención, señor...

Y como no sabía el nombre, quedó en actitud expectante y Oliverio concluyó la frase.

— Señor... Lestranje... Enrique Lestranje.

— Yo soy Federico Lacer — contestó el otro.

Y visiblemente estaba sometiendo su cerebro a un trabajo mental para recordar dónde antes de aquella ocasión había visto a aquel hombre que ahora se le representaba con nombre supuesto. Al fin vino a dar en la clave.

— Enrique Lestranje — pensaba. — Un nombre supuesto... eso quería decir que

Grenfel se consideraba como un homicida y huía de la policía.

Y en su rostro satánico, reflejo de un alma perversa y malvada, reflejó la más taimada de las sonrisas.

A la sazón entre los dos hombres, sin que casi ellos no se dieran cuenta de por dónde había venido, apareció la grácil figura de Teresa.

— ¿Se marchaba usted — preguntó a Grenfel a tiempo que miraba su indumentaria de camino, la mochila que había dejado en el suelo — sin decir siquiera adiós?

— No — replicó Oliverio. — He dejado una nota para usted encima de la mesa en la que no expreso mi deseo de marcharme, sino el temor de que me faltara valor para despedirme de usted.

La llegada del abuelo interrumpió la conversación y todos los personajes de nuestra historia pasaron al comedor donde comenzó a servirse la cena, pues a Grenfel le convenció a quedarse el interés que entonces, como siempre, mostró hacia él Teresa.

Durante la cena Federico Lacer dijo al viejo, que por cierto se mostró toda la noche obsequioso con el representante de la Compañía de Maderas.

— Si nuestros agentes dan un informe favorable respecto a las maderas de los bosques de su propiedad, le haremos a usted una oferta inmediatamente.



Sobre el cadáver, Grenfel y Teresa se juraron eterno amor

— Muy bien, caballero — contestó Fontenoy. — Tengo verdadero interés en vender mis maderas, desde luego.

Siguieron hablando del mismo negocio, hasta que al fin Teresa, incapaz de fingir, con el pretexto de tocar el piano llevó aparte a Federico Lacer y le confesó paladinamente la verdad.

— Mire usted, señor. Mi abuelito no tiene maderas ni tierra; ha olvidado que hace años tuvo que venderlo todo para pagar las impuestos.

Grenfel seguía con la vista todos los movimientos de Teresa y juzgando que la

joven se desinteresaba de él en favor del representante de maderas, salió del comedor y seguido de su perro franqueó la puerta del castillo y comenzó a internarse en el bosque.

Apenas notó su falta, Teresa corrió tras él y habiendo logrado alcanzarle, le dijo :

— ¿Por qué apenas le dejó un instante pretende usted partir? Sepa que si me he vestido esta noche con mis mejores galas ha sido sólo por usted, a quien no parece importarle lo más mínimo.

Y sus caras casi se juntaron y se confundieron sus alientos y el amor que palpitaba en sus pechos les unió en un largo beso.

— Ahora que ya sabes que te adoro, ya no puedes dejarme.

Mas Oliverio Grenfel se resistía aún a engañar a la joven dulce e ingenua, con ingenuidad y dulzura como jamás había visto en otra mujer.

— Por eso — replicó — no comprendo... ni puedo explicarte... pero es preciso que me vaya.

Ella imploró :

— ¿Y no volverás?

— Sí, puesto que esto te hará feliz, volveré.

* * *

Federico Lacer se había despedido de Fontenoy pretextando asuntos urgentes en Montreal, los cuales le impedían aceptar la



Y entonces éste supo el peligro...

hospitalidad que le brindaba el anciano aristócrata, y éste al quedarse solo y buscar a su nieta, viendo abierta la puerta del castillo, salió al bosque y divisó a los enamorados enlazados en el más dulce de los abrazos.

Inmediatamente aquel hombre, que sólo parecía tener la piel y los huesos y que apenas podía sostenerse en pie, gracias al apoyo de su bastón, corrió con juvenil ímpetu a su habitación, abrió el armario, registró cajones, hasta que al fin encontró lo que buscaba : una caja en la que yacían desde luengos años dos magníficas pistolas de desafío ; y, después de cargarlas con todo cuidado se

lanzó escaleras abajo, llegando adonde estaban Oliverio y Teresa en el mismo momento en que éste se disponía a partir.

— Debía matarlo como a un perro — fueron las primeras palabras que pronunció Fontenoy, al mismo tiempo que con vigoroso empuje le hizo dar media vuelta para que se encontrase con él cara a cara.

— Ahora mismo, quiera o no quiera, se va usted a batir conmigo. Como se batan los caballeros. Quiero demostrarle de este modo que no estoy dispuesto a que mi casa sea despojada por segunda vez.

En realidad no hubo desafío; la excitación mató al pobre viejo, el cual tenía harto quebrantado el corazón. Un ataque cardíaco lo derribó a tierra para no levantarse ya.

Sobre su caliente cadáver Grenfel y Teresa se juraron eterno amor.

IV

El inesperado suceso de la muerte de Fontenoy hizo completar a Grenfel el hasta entonces incierto camino de su vida. Desde luego se quedó en el castillo y el transcurso de los días y la proximidad del hombre a quien ama han logrado cicatrizar el dolor de Teresa.

Ahora bien, el tiempo que pasa es sólo un tormento para Grenfel, tormento que le

resulta insopportable ante la dicha que no se atreve a poseer.

Muchas veces ha pensado en contárselo todo a Teresa, pero otras tantas ha desistido avergonzado porque continúa creyéndose culpable del asesinato del amante de su mujer.

* * *

Una noche solos en el salón de noche del castillo, Teresa interpreta en el piano una bella canción que se titula

Dios te hizo mía.

Y de pronto, en el silencio que rodea a la morada, suenan los primeros truenos de la tempestad que se avecina, en tanto que por las ventanas asoma de tiempo en tiempo la lívida luz de los relámpagos.

El miedo se apoderó de Teresa y fué a refugiarse en los brazos de Oliverio.

Y entonces supo éste el peligro que desde largos años siempre ha amenazado al castillo en la época de las lluvias: las inundaciones que socavando sus cimientos, faltos de la debida reparación, le hacen vulnerable a las crecidas de la inmediata tormenta.

Tinieblas y truenos de tempestad, como eco a las borrascas de su alma entenebrecida, quebrantan la entereza de Grenfel, y está a punto de confesarla toda la verdad.

Mas en aquel preciso momento resuenan pesados aldabonazos en la puerta del cas-

tillo. Es Federico Lacer que, arrebatado en su impermeable y chorreando agua, se presenta de improviso por haber sabido en el cuartel de policía de Montreal la muerte del abuelo de Teresa.

— Perdón por presentarme a estas horas — dijo excusándose, — pero el asunto que me trae es muy urgente.

Replicó Grenfel :

— La señorita ya le dijo que las tierras fueron vendidas para pagar las contribuciones.

Lacer, algo molestado, repuso :

— Es posible, pero el asunto que me trae deseo tratarlo con ella a solas.

Teresa intervino :

— Lo que tenga que decirme tiene que ser en presencia del señor Lestranje.

Añadiendo tras breve pausa :

— ... Que pronto será mi esposo.

Haciéndose atrás, mostrando en su cara el mayor de los asombros, el representante de maderas objetó :

— Pero ¿es posible?... Tenga usted en cuenta, señorita, que este hombre no es Enrique Lestranje sino Oliverio Grenfel. Y que no sólo dejó una esposa en Montreal, sino que está acusado de asesinato.

— Mentira — exclamó Teresa ; — eso no es posible.

Y dirigiéndose a Grenfel, añadió :

— Dile que miente.

— No puedo decir eso — confesó al fin,



Federico Lacer había salvado el último obstáculo

con amargura, el interpelado — porque es verdad. Muchas veces pensé decírtelo... Esta noche iba a hacerlo, pero...

Entonces Teresa, mirando fijamente al hombre amado y casi sin darse cuenta de lo que hacía, balbució dirigiéndose a sus habitaciones.

— Quiero estar sola, quiero estar sola.

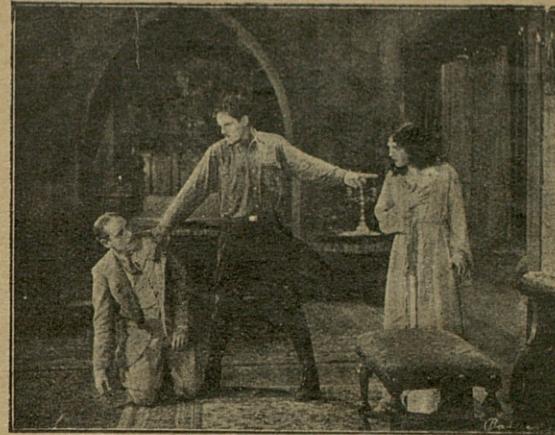
V

Inmediatamente y a pesar de la terrible tormenta y del violentísimo huracán que hacía casi imposible la marcha a través del bosque, Oliverio Grenfel salió del castillo a la tremenda aventura de llegar a pie hasta la delegación de la policía de Montreal.

Pero dejémosle luchar a través de la noche sacudido por la tormenta furiosa, y veamos lo que hizo mientras tanto Federico Lacer en el interior del castillo.

Contentísimo de tener el campo libre, se hizo servir una succulenta cena, y cuando ya los vapores del vino med o nublaban su mente, pretendió ir al dormitorio donde reposaba trémula y medrosa Teresa de Fontenoy, pero al llegar al segundo tramo de la espaciosa escalera, el viejo criado, puesto en acecho por las sospechas, A-Mi le salió al paso.

Pero Federico Lacer no vaciló. Los más



Dime la verdad, canalla, dime la verdad!

torpes deseos abrasaban su mente y de un vigoroso puñetazo arrojó escaleras abajo al que entorpecía su camino y en la caída el pobre viejo encontró la muerte.

Federico Lacer había salvado el último obstáculo. Ya entre él y Teresa sólo restaba la débil barrera de una frágil puerta que cedió al primer impulso del malvado y una lucha terrible, cruenta, se siguió entre Teresa y su perseguidor.

* * *

A la sazón Grenfel había llegado a la delegación de policía de Montreal, y a pesar de

lo intempestivo de la hora fué recibido por el jefe principal de la delegación, al que dijo:

— Soy Oliverio Grenfel, a quien se busca por asesinato. Hace años, en circunstancias que casi no acierto a explicarme, maté a un hombre en Montreal; pero no sé a quién maté, no le vi la cara.

La sinceridad del recién llegado chocó sobremanera al jefe de policía, y acto seguido telegrafió a las oficinas centrales de la policía de Montreal y Grenfel quedó en calidad de detenido y en angustiosa espera.

Mas poco tiempo duró aquel arresto preventivo. Media hora escasa había transcurrido, cuando el oficial de policía, diciéndole en broma que le iban a ahorcar, le entregó el siguiente telegrama :

« Hace tres años Oliverio Grenfel disparó contra Federico Lacer, quien rehusó presentar acusación contra él ante los tribunales. Mas tarde, la señora Grenfel se divorció y se casó con Lacer. Ponga inmediatamente en libertad al prisionero. »

Oliverio Grenfel se quedó como petrificado.

Leyó y releyó el telegrama y no acertó a dar crédito a sus ojos. Ahora todo quedaba aclarado para él de la manera más brusca, insólita e inesperada.

Y cuando se rehacía del estupor recibido, una visita inesperada le dió a conocer que en el castillo era necesaria su presencia.



Y cuando se rehacía del estupor...

Esta visita no fué otra que la de su fiel perro « Prince », el que rompiendo un cristal penetró violentamente en la delegación de policía y que con significativos gestos y alardos le invitaba a seguirle.

Grenfel comprendió al fin lo que era la verdad : que aprovechándose de su ausencia y de la soledad que reinaba en el castillo, el malvado Lacer había intentado abusar de Teresa, y ciego de rabia y loco furor y desafiando de nuevo el viento de la lluvia, regresó al castillo, llegando a tiempo para salvar a la cándida paloma de las garras del perverso milano.

— ¡Dime la verdad, canalla, dime la verdad!
— exclamó Oliverio sujetando fuertemente al miserable y arrastrándole hasta donde se hallaba la ofendida Teresa.

Mas apenas Federico Lacer había confesado la verdad, en su única preocupación de salvar la piel de los iracundos puños de Grenfel, la pronosticada catástrofe provocada por la inundación del torrente surgió al fin, e imponente masa de agua cayó como ciclópea maza sobre la endeble y añosa edificación, y en un instante derrumbó la obra que había desafiado durante siglos las inclemencias del tiempo.

Los héroes de nuestra historia fueron arrastrados con los restos de la señorial mansión y la titánica lucha por salvar sus vidas duró hasta el amanecer, pues cesó la endemoniada tormenta con las primeras luces del alba.

Lejos, muy lejos ya del lugar de la catástrofe, pudieron arribar a una tranquila orilla adonde el destino quiso que les arrastraran las aguas turbulentas del torrente, como también quiso el destino dar justo castigo a Federico Lacer, haciéndole perecer en el derrumbamiento del castillo.

VI

Por Oriente ascendía un sol espléndido; todo era paz y tranquilidad en aquella her-

mosa ribera donde verdegueaban los campos y florecían los rosales.

Para colmo de ventura el torrente les devolvía a Teresa en una bolsa a sus dos fieles criados y a Grenfel su hermoso e inteligente perro « Prince ».

Entonces, dirigiendo su mirada en dirección al castillo, dijo Teresa mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

— Perdido, barrido todo para siempre.

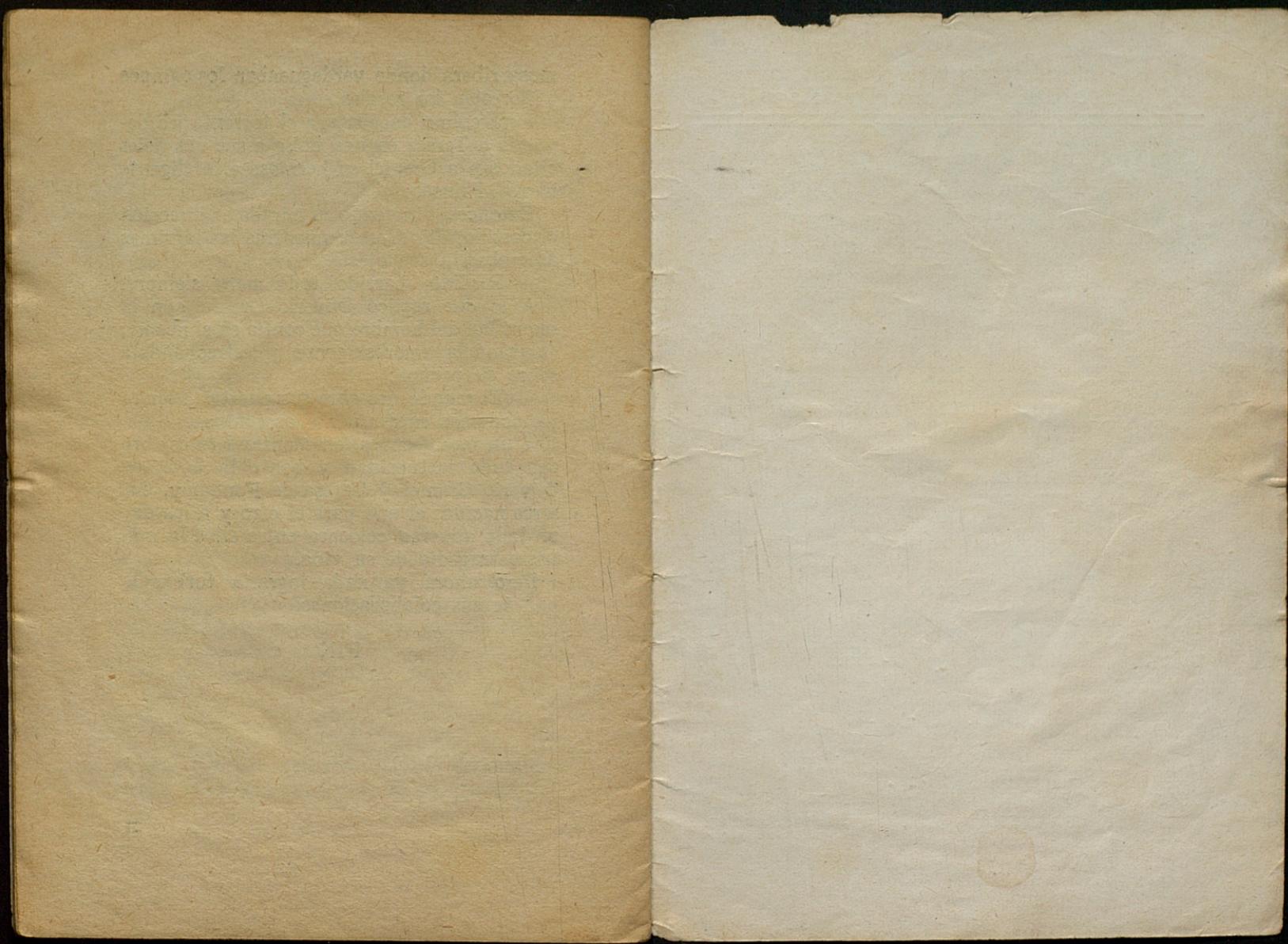
A lo que replicó Oliverio Grenfel con la seguridad del hombre que confía en sí mismo, enlazándola amorosamente y estrechándola sobre su pecho :

— El mundo nos abre sus puertas... ahora ya podemos entrar por ellas juntos...

Y un mes después, en Montreal se celebró con toda fastuosidad y boato la boda de Oliverio Grenfel y Teresa de Fontenoy, dos seres nacidos el uno para el otro y a los que un lado adverso colocara entre ellos la más triste tragedia de su vida.

Pero ahora ya nada lograria turbar la paz de sus colaboraciones.

FIN





BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmeri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINICHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO... por Isabelita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Pocten.
- 22 EL HUERFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod la Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.

Precio de cada tomo

60 céntimos